

razón en rechazar el cargo que se dirigía á su despotismo, á propósito del cisma griego; en efecto, la separación data de una época en que su poder no podía ser opresivo, porque apenas existía. ¿Es esto decir que deba atribuirse el cisma á miserables intereses personales? Ya lo hemos dicho más de una vez: no es cierto que pequeñas causas produzcan grandes efectos; ahora bien, el cisma es uno de los acontecimientos más importantes de la historia. Los Griegos son los primeros que protestan contra la pretensión de la Iglesia de imponer una ley uniforme á todas las naciones, y su protesta sale victoriosa; el cisma resiste á todos los esfuerzos hechos para restablecer la unión; la unidad cristiana está rota antes de formarse; todo un mundo, el Oriente, queda fuera de la dominación de aquel que se titula vicario de Dios; un hecho tan trascendental, ¿no había de reconocer más causa que la ambición de un patriarca y la brutalidad de un emperador? Las malas pasiones de los hombres no explican nada por sí solas; es preciso profundizar más cuando se quieren descubrir las leyes que producen y encadenan los acontecimientos.

Una división tan antigua como el mundo separa al Oriente del Occidente; en vano han tratado de unirlos los emperadores. Las hordas asiáticas no han llegado jamás á dominar las poblaciones europeas; el héroe más venturoso del mundo occidental, Alejandro, no hizo más que atravesar el Asia; los Romanos no penetraron tan lejos como los Griegos; más tarde intentó la religión lo que no habían podido conseguir las armas. El cristianismo pertenecía á ambos mundos; nacido en Oriente y asimilándose los trabajos de la filosofía occidental, parecía, pues, destinado á hacer la fusión; sin embargo, la religión fracasó como la conquista; la raza helénica fué para la cristiandad el principio de un irremediable fraccionamiento; los Griegos, que habían nacido divididos, no llegaron jamás á la unidad, ni en el terreno del pensamiento ni en el de la política; los filósofos de Grecia se dividieron en escuelas enemigas, los teólogos en sectas hostiles; repugnaba al genio griego doblegarse bajo una ley uniforme é inmutable; Roma, que dominaba al Occidente, no tenía las brillantes cualidades de la Grecia; faltábala la iniciativa del pensamiento, pero se distinguía por su sentido práctico, y poseía en más alto grado el genio de la unidad y de la dominación; tales eran los rasgos

distintivos de las dos razas; la oposición era profunda; Roma quería imponer una unidad de hierro á los espíritus, mientras que Grecia no vivía más que por la libertad y la independencia; es evidente que la unión era imposible.

Estas contrarias tendencias del Oriente y el Occidente se manifestaron muy pronto en el seno del cristianismo. La Iglesia griega se distinguía por un espíritu más amplio; sus teólogos opinaron por la libertad humana contra la gracia que absorbe al hombre en Dios; su caridad alcanzaba á todo el género humano, no pudiendo comprender que quedase un solo ser privado de la salvación eterna. La Iglesia latina infundió á la teología la inflexible rigidez que había engendrado el derecho estricto. La libertad hubiera estorbado á su espíritu de dominación; los Padres latinos no la dejan subsistir más que en el nombre; su doctrina de la gracia somete todas las inteligencias á Dios, es decir, á la Iglesia y al pontificado, su órgano; poco importa á la Iglesia latina la salvación del género humano; se aferra al dogma de las penas eternas, porque es un excelente medio de gobierno y un poderoso instrumento de influencia y de poder; la división que había en los espíritus conducía al cisma en las Iglesias.

Si se hubiera conservado el imperio romano, tal vez habría prevalecido una unidad aparente bajo la opresión de la autoridad imperial; pero cuando los pueblos del Norte hubieron destruido el imperio de Occidente, la división política suscitó la división religiosa. Los emperadores de Constantinopla afectaban un soberano desprecio hacia los Bárbaros que pretendían suceder á los Césares de Roma; la nación griega sentía el mismo desprecio por la Iglesia latina; y acusando á los Latinos de haberse hecho Bárbaros, se lisonjaban ellos de ser herederos de la más brillante civilización; y, en realidad, todo el cristianismo primitivo lleva impreso los rasgos del genio helénico. Los Evangelios fueron escritos en la lengua de Platón; la filosofía presidió al desenvolvimiento de los dogmas cristianos; no había un misterio, un rito, ni un uso que no fuesen griegos; los Padres de la Iglesia fueron casi todos hijos de la Grecia; los concilios ecuménicos, compuestos de obispos griegos, se celebraron también en ciudades griegas. ¡Qué orgullo para la vanidad de los Helenos! El orgullo de la ciencia vino á ser nueva causa de di-

visión. Roma, que aspiraba á la dominación de las inteligencias, estaba invadida por los Bárbaros; ¿podían los Griegos que habían sido los señores de Roma, no sólo como filósofos, sino también como teólogos, aceptar el yugo de la barbarie? Hé aquí las causas del cisma: la ambición rival de Roma y Constantinopla le hizo irremediable. Los emperadores griegos se decían sucesores de los Césares; á sus ojos, Roma, la señora del mundo, había abdicado, cayendo en poder de los hombres del Norte. Constantinopla era la verdadera, la única heredera del imperio de Occidente; esta pretensión á la monarquía era incompatible con la ambición de la Iglesia latina. Concentrándose en una poderosa unidad, la Iglesia romana quería dominar sobre toda la cristiandad, reclamando los sucesores de San Pedro la supremacía en virtud de un derecho divino; esta supremacía espiritual no tardó en conducir á una supremacía temporal; y ¿cómo el emperador griego, que se decía dueño del mundo, había de reconocer un superior? Su orgullo no le permitía tener el estribo al papa; el patriarca de Constantinopla participaba del orgullo de su emperador; y siendo obispo de la capital de Roma, se negó á someterse al obispo de Roma.

Tales fueron las verdaderas causas del cisma inherentes á la raza y á la civilización de Grecia y Roma; así es que el cisma comenzó en el momento que las dos Iglesias se pusieron en presencia una de otra, y durará mientras haya Latinos y Griegos.

N.º 2.—El cisma.

I.

Data el cisma, en apariencia, del siglo IX; pero, en realidad, existió desde que hubo una Iglesia latina y una griega. Los griegos importaron al cristianismo su espíritu especulativo é introdujeron la enseñanza de la filosofía en los dogmas, de la nueva religión, no aceptando la fe sino á condición de que se conformase con la razón. Los Latinos, en caso de necesidad, creían en los dogmas, no aunque fuesen absurdos, sino porque son absurdos. Compárese en el siglo III á Orígenes y Tertuliano: un abismo los separa. El espíritu de libre pensamiento de los Griegos engendró herejías en religión, como había producido sectas en filosofía, mientras que los Latinos querían á todo trance unidad, á riesgo de

ahogar la razón; entáblase un inmenso debate sobre si Jesucristo es Dios ú hombre; imbuidos en la enseñanza de la filosofía, la Iglesia griega repugnaba admitir un Dios que se había hecho carne; la Iglesia latina no vaciló en creer en el Hijo consustancial con el Padre, porque Roma presentaba en este dogma el fundamento de su dominación; el Oriente arriano amenazó separarse del Occidente católico; y si triunfó la fórmula de Nicea, es porque la Iglesia naciente sentía que la unidad era para ella una condición de existencia (1).

El mundo cristiano cree, pues, que Cristo es Hombre-Dios; pero hé aquí que los Griegos promovieron nuevas dificultades: si Jesucristo es juntamente Dios y Hombre, ¿debe creerse que hay dos voluntades, ó que no hay más que una? La filosofía declaró que no podía admitir dos voluntades en un solo ser. Los Latinos, lógicos en su inconsecuencia, se dijeron: si hay dos naturalezas, ¿por qué no ha de haber dos voluntades? Los ánimos se encienden; Constantinopla y Roma se dividieron hasta el punto de existir el cisma, aunque el papa y el patriarca viviesen bajo las leyes de un mismo imperio; la división fué mayor, aun cuando en el siglo VIII el emperador griego, de acuerdo con la mayoría de los obispos, abolió el culto de las imágenes, siendo éste como el último destello del genio filosófico de la Grecia. Roma, más aficionada á las ceremonias exteriores, se acomodaba á las prácticas supersticiosas, con tal que fuesen un instrumento de dominación: el papa se rebeló contra el emperador, y supónese que llegó hasta excomulgar á León y prohibir que se le pagase tributo (2).

Las disensiones teológicas de los Latinos y los Griegos son la expresión de la antipatía que dividía las dos razas; esta oposición sola hubiera bastado para separar á la Iglesia griega y á la Iglesia romana, que es la que ha alejado de Roma á las sectas poderosas que reinan en Oriente. Los nestorianos y los jacobitas son cristianos sin ser católicos, no reconociendo nunca seriamente la unidad

(1) SAN BASILIO, desesperando de encontrar en la Iglesia de Oriente elementos de unidad y salvación, se dirige á los obispos de Occidente, en donde reina la mayor armonía (*Epist. cx*), á la Iglesia que ha conservado intacta la herencia de los Apóstoles (*Epist. cxxlii*). El Occidente, dice, debe devolver al Oriente el beneficio que de él ha recibido, prestándole unidad y fe (*Epist. xci*).

(2) Los historiadores griegos lo dicen positivamente. Véase la discusión de esta cuestión en BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, lib. vi, c. v, § 2.

absoluta bajo la cual quería Roma subyugar al mundo (1). Este elemento de división adquirió una inmensa importancia en Constantinopla. En la antigüedad, la religión estaba estrechamente unida a la política; el lazo se debilitó, pero no se rompió con el establecimiento del cristianismo. El emperador, gran pontífice del paganismo, permaneció jefe de la sociedad cristiana; la influencia de los obispos dependía de la importancia de las ciudades en que residían (2). Había allí un invencible obstáculo a la unidad. En Occidente se fundaba la unidad en la supremacía que Jesucristo había conferido a San Pedro: Roma reclamaba el imperio del mundo fundada en una palabra divina. ¿Cómo conciliar esta ambición con las pretensiones del emperador de Constantinopla y de la Iglesia griega? Los Griegos veían en los papas, no los vicarios de Dios, sino los obispos de la capital del mundo romano, y con este título colocaban a los patriarcas de Constantinopla al mismo nivel, siendo estas pretensiones consagradas por un concilio ecuménico; los papas protestaron, pero en vano, contra los decretos de Calcedonia, atribuyéndolos a la ambición de los patriarcas, suponiendo que no se ventilaban más que los intereses de un hombre, sin observar que se trataba de toda una Iglesia y de toda una raza (3). Los Griegos se negaron siempre a reconocer la supremacía del pontificado, no considerando nunca al obispo de Roma sino como un patriarca (4).

Los Romanos se llamaban dueños del mundo; su imperio se confundía con la *tierra habitable*. Constantinopla heredó el orgullo romano, añadien-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, p. 670.

(2) *Concil. Chalced.*, cap. XVII: *εἰ δὲ τις ἐκ βασιλικῆς ἐξουσίας ἐκείνησθε πόλις, ἢ αὐτὴς κενισθεῖν, τοῖς πολιτικοῖς καὶ δημοσίοις τύποις καὶ τῶν ἐκκλησιαστικῶν παροικίων ἢ τῶν ἀπολοθειῶ.*

(3) El patriarca de Constantinopla escribe al papa León: «De his que Constantinopolitane, gratia sedis sancite sunt in Chalcedonensi universalis synodo, pro cetero Beatitudo Vestra hoc habeat, nullam esse culpam in me, homine qui semper otium et quietem; in humilitate me continens, ab ineunte mea etate dilexerim; sed Constantinopolitanæ Ecclesiæ reverendissimus Clerus est qui hoc habuit studium, et istarum partium religiosissimi sacerdotes qui in hoc fuere concordēs.» (S. LEONIS, *Epist.* CXXXII, 3, en MANSI, VI, 273.)

(4) Un escritor griego del siglo XII, en una obra de la categoría de los patriarcas, dice que la del de Roma se funda, no en la primacía de San Pedro, sino en la primacía de la ciudad. Habiendo perdido Roma el imperio, sus obispos han perdido también la primacía. Constantinopla ha ocupado el lugar de Roma, ella es la señora del universo; hé aquí por qué su obispo toma el título de patriarca ecuménico (Véase el pasaje en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 42, nota 1).

do a él la vanidad de la raza griega; los patriarcas de la capital del mundo tomaron el título de *obispo universal*. Un papa que había sido digno de llevar este título por los esfuerzos que hizo para extender el cristianismo entre los Bárbaros, Gregorio el Grande, se opuso vivamente a esta pretensión, y conjuró al patriarca a que renunciase a una denominación llena de fausto y extravagancia (1). San Gregorio creyó que estaba interesada la fe en un debate que no parece trascender del ceremonial (2); escribió al emperador que no era su causa la que defendía, sino la de la Iglesia, y se quejó a la emperatriz de que el emperador consintiese que el patriarca se titulase único obispo, con desprecio de todos los demás, escribiendo al mismo tiempo a los patriarcas de Alejandria y Antioquia (3) que no podían ceder a las exigencias del obispo de Constantinopla sin degradarse; pero las quejas y las insistencias de Gregorio fueron inútiles: los obispos de Constantinopla continuaron llamándose *patriarcas ecuménicos*.

II.

Así las cosas, los obispos de Constantinopla se proclaman obispos universales, mientras que en Roma se elevaba una poderosa monarquía que reclamaba la supremacía de la cristiandad por derecho divino; ¿habían de aceptar los Griegos las leyes de Roma? El emperador se creía siempre dueño del universo; y someterse a un superior, aunque fuese en el terreno espiritual, hubiera sido abdicar. El cirna estaba en el fondo de estas pretensiones opuestas, y sólo faltaba ocasión para que estallase; húbola en el siglo IX: un hombre que unía al orgullo de la ciencia helénica la ambición del patriarca, Focio, del cual hacen un monstruo los ultramontanos (4), se distinguía por su ciencia y por la elevación de su espíritu (5). En sus escritos muestra un celo ardiente por la gloria de Dios y una sumisión tan profunda a la divina voluntad, que adora a la

(1) GREGOR., *Epist.* v, 18 (t. II, p. 741).

(2) «In isto scelesto vocabulo consentire, nihil est aliud, quam fidem perdere.» (*Epist.* v, 19).

(3) GREGOR., *Epist.* v, 20, 2., 43.

(4) BARON., *Annal.*, a. 871 (t. X, p. 472), niega aun la ciencia de Focio y no le deja más que viles pasiones.—MAMBOURG (*Hist. del cisma*, lib. 1) lo representa como un tramposo, un calumniador, un falsario, un hombre violento, cruel, d'spiadado, sacrilego, etc.

(5) FLEURY, *Hist. eccl.*, lib. L, § 3.

justicia que le castiga (1); en cuanto a los movimientos interiores de su alma, diremos con *Basnage* (2) que Dios solo es juez. Focio tuvo por adversario uno de los papas más grandes que han ilustrado la cátedra de San Pedro. Si la lucha no hubiera sido más que entre dos hombres, nuestras simpatías hubieran sido por Nicolás; pero las personas desaparecen ante la grandeza de la causa que representan; tampoco el mérito de las dos Iglesias decidirá para nosotros la cuestión. Roma, bárbara en apariencia, marchaba realmente hacia el progreso. Constantinopla, a pesar de su ciencia, estaba en realidad en plena decrepitud; sin embargo, Focio triunfó de Nicolás, Constantinopla de Roma, y es que en esta contienda estaban comprometidos intereses más importantes. Si Roma hubiera llegado a poner bajo sus leyes al Oriente y al Occidente, habría realizado la monarquía universal más monstruosa que haya soñado jamás ningún déspota. ¡Un hombre solo hubiese tenido la conciencia humana en su mano! Y no era tal el destino de la humanidad. El cirna griego quebrantó la ambición de la Iglesia católica; no es el patriarca quien sale victorioso de esta lucha, es la causa de las nacionalidades.

Los detalles de las diferencias que dividieron las dos Iglesias en el siglo IX ofrecen poco interés, y no fueron la causa, sino la ocasión del cirna. Una intriga colocó en la sede patriarcal a un hombre de elevado linaje que hasta entonces había desempeñado una de las dignidades del imperio; y como era irregular la elección, el papa se negó a reconocer al nuevo patriarca, y, por consecuencia, se agriaron las relaciones; Nicolás prohibió entonces a los fieles y a los obispos de Oriente que se comunicasen con Focio, después de hacerle deponer en un concilio de Roma. El emperador apoyó la actitud de su patriarca, y entonces se produjeron las verdaderas causas del cirna, que fueron la vanidad griega, el orgullo imperial, la ambición romana y la oposición de raza. El emperador escribió a Nicolás una carta injuriosa y amenazadora, manifestando un soberbio desprecio hacia los Latinos, cuya lengua trata de bárbara: «Desde el concilio de Calcedonia, ningún papa ha tenido honor parecido al que hace a Nicolás escribiéndole.» El

César griego habla al obispo de Roma con el tono de autoridad que acostumbraba a usar con los obispos de Constantinopla: «Quiere que se conserve a Focio; y si Nicolás no revoca su sentencia, irá a Roma a la cabeza de su ejército, arrojará de allí al papa y arruinará la ciudad.» (1). Nicolás no era hombre que se dejase conmovido por el espanto, teniendo en su fe un apoyo más fuerte que el poder de los emperadores, la confianza en la protección de Dios: «¿Qué pueden contra él el gusano y el polvo? Son como esas burbujas de agua que aparecen y desaparecen instantáneamente; los derechos de la santa sede son divinos; se les puede atacar, pero no destruir; han existido antes que vosotros, existirán después y subsistirán mientras dure el nombre de cristiano.» (2). El gran papa no sospechaba que el origen divino del pontificado había de ser rechazado algún día como un error y casi como una impostura. El cirna de los Griegos no tenía más objeto, en las miras de la Providencia, que combatir una supremacía peligrosa para la libertad del género humano.

El emperador y Focio rechazaron, con toda la Iglesia griega, las soberbias pretensiones de los papas, y no querían reconocer otro fundamento a la supremacía eclesiástica que la sede del imperio; habiendo cedido el puesto Roma a Constantinopla, los obispos latinos deberían cederlo a los griegos (3). El emperador y su patriarca, llevando su doctrina hasta el extremo, depusieron al papa en un pretendido concilio ecuménico; era el Oriente que se sublevaba contra el Occidente. Una carta circular de Focio revela los sentimientos de antipatía y de odio que los Griegos tenían contra los Latinos: «El enemigo de la salvación no está contento con los males que ha causado al género humano desde su cuna. Antes de la encarnación del Verbo empleó todos sus medios de seducción para inducir a los hombres a malas acciones, y después se valió de mil artificios para arrastrarlos al error; de ahí han salido Simón, Marciano, Montano, Manés y aquella larga serie de herejes que combaten

(1) BARON., *Annal.*, a. 865, § 73.

(2) NICOL., *Epist.* 8 (MANSI, XV, 189).

(3) NICOLÁS es quien nos dice que estas eran las opiniones de sus adversarios (*Epi t. LXX*, en MANSI, XV, 358): «Gloriantur atque perhibent, quando de Romana Urbe Imperatores Constantinopolim sunt translati, tunc et primatum Romanæ Sedis ad Constantinopolitanam Sedem transmigras-e et cum dignitatibus regis etiam Ecclesiæ Romanæ privilegia translata fuisse.»

(1) PHOTIUS, *Epist.* VI, VIII, XCVI, p. 76 y sig., 138.

(2) BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, lib. VI, c. VI, § 1.

contra Dios: Arrio, Macedonio, Nestorio, Eutiquio... Sin embargo, estos errores parecían envueltos en el silencio y olvidados, y teníamos la fundada esperanza que no habría más inventores de nuevas impiedades, después que el espíritu malo había salido tan mal en sus empresas. Constantinopla era como una elevada montaña de donde salían los arroyos que iban a regar a lo lejos las tierras secas por la herejía. Pero ¡oh crimen! ¡oh consejo pérfido!... Hé aquí que hombres impíos, execrables monstruos salidos de las tinieblas del Occidente, vienen como una tempestad, como un temblor de tierra, por mejor decir, vienen como fieras a devastar la viña del Señor, desgarrándola con sus dientes y destrozándola con sus garras. ¿Cuáles son los errores que Focio reprocha a los Latinos como herejías dignas de Manés y de Arrio? Acusa a la Iglesia de judaísmo, a causa del ayuno del sábado; de maniqueísmo, porque prohíbe el matrimonio de los sacerdotes; y de herejía, porque añade en el símbolo que el Espíritu Santo procede del Hijo. En fin, termina anunciando a los cristianos de Oriente que un concilio ha condenado "estos nuevos apóstatas, estos ministros del Antecristo, dignos de mil muertes" (1).

La deposición del papa, las acusaciones de herejía lanzadas por el patriarca de la Iglesia oriental contra la Iglesia romana, el desdén que se afectaba hacia la barbarie y la ignorancia de los Latinos, eran otras tantas barreras entre el Oriente y el Occidente. Esta explosión de odio y desprecio no creó el cisma, pero demostró cuán profunda era la división. Una revolución política dió momentáneamente la victoria al papa: Focio fué depuesto por un concilio; el patriarca no vió en este acto más que una piratería de Bárbaros (2); tenía la conciencia de ser, aunque depuesto, el verdadero jefe de la Iglesia oriental, y no se equivocaba sobre los sentimientos de los Griegos. Apenas se restableció la pretendida unión, los obispos mismos que la habían firmado se quejaron al emperador de que el concilio hubiese sometido la Iglesia de Constantinopla a la dominación del papa (3). La Iglesia

(1) *Encycl. ad Patriarch. Orient.*, ap. BARONIUM, *Annal.*, a. 863, §§ 34 y sig.; y en las cartas de Focio, *Epist.* II, p. 47 y siguientes.—Compárese el abate JAGER, *Hist. de Focio*, p. 151 y siguientes.

(2) PROT., *Epist.* CXXVIII, p. 150.

(3) "Non bene factum fuisse, quod Ecclesiam Constantinopolitanam tanta subjectione Romane subdi Ecclesie permise-

griega no se avenía a ser la *servidora de Roma*: Focio fué llamado del destierro y murió patriarca de Constantinopla.

Hé aquí cómo se arraiga el cisma; los teólogos le hacen irremediable envenenándole con sus odiosas disputas. El temor a los Normandos acercó momentáneamente el emperador al papa, y ordenó a su patriarca que hiciese proposiciones al obispo de Roma; el patriarca obedeció; pero de tan mala manera, que los preliminares de la paz semejaban a un acto de hostilidad más bien que a un primer paso hacia la unión; verdad es que protestó que la caridad era la que le obligaba a escribir a los obispos francos; pero esta caridad acabó por agrias disputas acerca de las costumbres y creencias que dividían el Oriente del Occidente, el empleo del pan sin levadura y el ayuno del sábado: ¿No se diría, exclama, que los Latinos quieren imitar a un tiempo mismo a los Judíos y a los Gentiles, en vez de seguir la doctrina de Jesucristo? (1). El cardenal Humberto, legado del papa, respondió a estas acusaciones con excesiva violencia (2): "¿Cómo! ¿Tienen los Griegos la tenacidad de acusar a la Iglesia latina de herejía y judaísmo! ¿Tienen la loca presunción de querer imponer sus errores a la sede de los apóstoles! Jamás se ha visto, desde los orígenes de nuestra religión, semejante imprudencia." El escritor pontificio rechaza el cargo de judaísmo como una infame calumnia: "Es preciso, dice, que un ciego furor haya hecho perder los sentidos a los Griegos, para que hayan podido emitir semejante enormidad; ellos son los que judaizan, resucitan los errores de Manés y quieren introducir un Dios bueno y otro malo, el uno autor de la antigua ley y el otro de la nueva; la opinión de los Griegos sobre el pan ázimo es una herejía de primer orden, un sacrilegio, una mentira contra las Sagradas Escrituras... (3) ¿Qué son, pues, estos nuevos doctores más que hombres vanos, soberbios, anunciados por el Apóstol como precursores del Antecristo? Se creen sabios, y su sabiduría no es más que locura; están hinchados con la ciencia humana y vacíos de la divina. ¡Oh admirable

rint, ita ut hanc ei tanquam domine ancillam tradiderint." MANSI, t. XVI, p. 20.

(1) BARON., *Annal.*, a. 1053, § 22; GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. I, § 42, nota b.

(2) HUBERTI, *Responsio*, en BARON., *Append.*, t. XI.

(3) "O sacrilega temeritas! virosa et maniosa Manicheorum dicacitas!... Contra ipsam veritatem et omnes divinas paginas mentiti impudenter latratis..." BARON., *Annal.*, t. XI, p. 695.

filosofía de la Grecia! ¿No comprende la simplicidad evangélica: olvida que Jesucristo ha reprobado la sabiduría del hombre, y no sabe que la locura viene a ser lo mismo que la sabiduría!." La respuesta del legado terminaba por amenazar con el anatema eterno si los Griegos persistían en sus errores.

El espíritu de intolerancia y dominación brilla en cada línea de este libelo teológico; los Griegos estuvieron más moderados y más contenidos. Niceas, monje de Stude, que gozaba de una gran veneración, escribió contra los errores que la Iglesia oriental censuraba a los Latinos; inspirado en al indulgencia evangélica, trata a los Romanos de hombres nobles y sabios, y les suplica que le escuchan en lo que él, aunque indigno, les va a decir: "La caridad presta humildad; nos hace sufrirlo todo y evitar toda disputa; allí donde hay disputa y animosidad reina el espíritu de los hombres y no el de Dios" (1). A estas bellas frases responde el Occidente con desabrido orgullo, encargándose siempre de confundir a los Griegos el cardenal Humberto: "La caridad de Niceas, dice, es un veneno detestable." El polemista romano tiene buen cuidado de no dejar una sola gota de este veneno en su respuesta, que es un tejido de injurias; compara a su adversario con Juliano y con Porfirio, *esos perros perversos y rabiosos*; le llama *malévolo, furioso, estercoranista* (2). El matrimonio de los clérigos, que los Griegos creían lícito, es también motivo de chistosas ocurrencias: "Niceas quiere transformar la Iglesia en una sinagoga de Satanás, en un antro de prostitución..." El cardenal acaba por glorificar a la Iglesia romana como pura de todo error, mientras que, en su concepto, la Iglesia griega era la madre de las herejías (3).

De las injurias pasaron a los hechos. Los legados del papa pronunciaron solemnemente la excomunión contra el patriarca y sus cooperadores, es decir, contra toda la Iglesia griega: "Como los simoniacos, venden los dones de Dios; como los arrianos, bautizan segunda vez a los que están bautizados en nombre de la Santísima Trinidad; como los donatistas, dicen que fuera de la Iglesia griega

(1) BARON., *Annal.*, t. XI, p. 706 y siguientes.

(2) Este era el nombre que se daba a los que creían que la Eucaristía es abaja sujeta a la digestión con todas sus consecuencias. Niceas no había dicho tal cosa; pero, según la laudable costumbre de los teólogos, Humberto imputa a su adversario todas las consecuencias que tene por conveniente sacar de sus opiniones.

(3) BARON., *Annal.*, t. XI, p. 712-721.

no hay Iglesia de Jesucristo, ni verdadero sacrificio, ni verdadero bautismo, como los nicolaítas, permiten el matrimonio de los ministros del altar; como los maniqueos, dicen que cuanto tiene levadura está animado; como los nazarenos, practican las purificaciones judaicas." Siguen las maldiciones: "Que el patriarca y sus sectarios sean anatematizados con todos estos herejes y con el diablo y sus ángeles." El patriarca respondió al anatema con el anatema: "Hombres impíos, salidos de las tinieblas del Occidente, han venido a esta piadosa ciudad, desde la cual se han extendido por el mundo las fuentes de la fe ortodoxa; han tratado de sus dogmas, y han tenido la impudencia de poner sobre el altar un escrito anatematizándonos con todos aquellos que no se dejen arrastrar por sus errores." En seguida enumera el patriarca estos errores, señalando como más insoportable la jactancia de los legados romanos: "Dicen que no han venido a Constantinopla a discutir, sino a instruirnos e imponernos sus opiniones" (1).

Estas frases del patriarca explican los anatemas con que las dos Iglesias se atacan y el odio que las divide. El orgullo de los Latinos aspiraba a la dominación universal, y la vanidad de los Griegos se negaba a aceptar la ley de hombres bárbaros; esta es la división del Occidente y del Oriente, de Roma y de Grecia, transportada a la Iglesia; la avenencia era imposible, hasta la omnipotencia de los emperadores fracasó, porque, aunque hubieran podido violentar al patriarca, no habrían podido influir en los sentimientos de un pueblo (2). Para impedir el cisma, hubiese sido necesario nada menos que convertir a los Griegos en Latinos.

N.º 3.—Tentativas de unión.

I

La antigua división del Oriente y el Occidente

(1) *Epistola MICHAELIS ad Petrum Antiochenum*, ap. COTELER, *Monum. Eccles. Græc.*, p. 144, núm. 15: τὸ δὲ πάντων βαρύτερον καὶ ἀνοικιστότερον καὶ τὴν ἀπονοίαν αὐτῶν ἐκ τοῦ περιόντος ἐμφαίνον τοῦτο ἐστὶ. λέγουσι γὰρ, ὅτι αὐτοὶ διδαχθῆσθαι, ἢ διὰ τὴν ἀπονοίαν, τὰ ἐντοῦθα κατέλαβον, ἀλλὰ διδάξαντες, μᾶλλον καὶ πείσοντας κρατεῖν ἡμᾶς τὰ δόγματα τούτων, καὶ κατὰ μὲν ἐξουσίας καὶ ἀναισχυρίας ὑπερβαλλούσης.— Cf. GISELER, *Kirchengeschichte*, t. II, I, § 42, notas 1, h;—FLEURY, *Hist. eccl.* lib. IX, §§ 10, 12.

(2) Hubo en Constantinopla una sedición contra el emperador, a quien el pueblo creía dominado por los legados del papa. Constantino se vió obligado a ceder (BARON., *Annal.*, 1059, § 19).